



De viñas y viñadores nos habla, en este domingo, la palabra de Dios. En el área de los pueblos bañados por las aguas del Mediterráneo, el cultivo de la viña es el quehacer por excelencia del que brota toda una cultura. Es un símbolo utilizado en la Biblia para hablar de Dios y de su pueblo. El templo de Jerusalén, que conoció Jesús, tenía en su entrada un gran bajo relieve representando hojas y racimos de una viña, en directa alusión a la idea de que el pueblo de Israel era «**La Viña de Yahvé**».

Su mantenimiento requiere mucho mimo y gran paciencia; ocupa la tierra en la que se ha enraizado durante generaciones. De este modo se establece un vínculo duradero y profundo entre la viña y su dueño, que genera un amor apasionado cf. Éx 19, 5; Dt 7:6, etc.).

El profeta Oseas es el primero en utilizar esta realidad tan familiar como elemento simbólico; pero el canto a la viña del profeta Isaías, que se proclama en el día de hoy, es una obra maestra de la poesía hebrea.

En este día, acogida la Palabra con humildad y auténtico deseo de hacerla nuestra, bien nos la podemos aplicar rumiándola

Preciosa viña es la Iglesia como antaño lo fue el de Israel. Pertenecer a la Comunidad Cristiana, por la fe y el bautismo, lleva consigo dar fruto abundante (Jn 15, 1-7); pero para que sea realidad hay que mantenerse unido a ella. Es lo que pretenden subrayar, tanto el profeta Isaías con su canto, como el evangelio de san Mateo con la parábola proclamada.

La fe es lo que nos mantiene unidos a Cristo, verdadera vid (Jn 15,1), y siempre lleva consigo un proceso fructífero: implica entrar en una dinámica de fecundidad. El gran peligro es caer en la ceguera del activismo, en la pereza de la inercia que enfría la caridad (Mt 24,12) y que puede ir acompañado de acciones necias, indiscretas y faltas de discernimiento.

Lo que Dios hace por su viña, por nosotros, es un trabajo constante (Is 5,2) que expresa Su amor (Is 5,1); porque el amor, lejos de ser una actividad fácil, es un quehacer que exige ascetismo; una expresión que ha sido un tanto olvidada en el vivir cristiano, y cuyo resultado no puede ser más negativo, puesto que el primer objetivo es el desarraigo de nuestras pasiones.



El camino del Evangelio tiene un aspecto austero que da miedo. Ciertos temas se tratan poco porque asustan y, sin embargo, están en el centro de la predicación del Señor. Ser sus discípulos, hacer la voluntad del Padre, requiere un desarraigo de nosotros mismos, de nuestras formas de actuar y de pensar. De ahí la necesidad de llevar a cabo un descentramiento, una desposesión interior, pues Dios no puede venir a ocupar nuestro corazón si antes no está vacío.

Pero no es tanto vaciarnos de lo que somos como de lo que creemos que somos. No se trata de despojarnos de lo que Dios nos ha dado, nuestra personalidad, nuestra cultura, nuestro cuerpo... Hay que ser uno mismo. Lo somos cuando dejamos la farsa humana, la máscara de nuestra apariencias y pretensiones tantas veces ilusorias. Ser veraces, eso es el desapego. Es todo un reto.

Esta tarea consiste, en primer lugar, en un trabajo de conocimiento propio, aunque no podremos hacerlo

en profundidad si no buscamos conocer a Dios. Él es el que nos ilumina y revela nuestra propia verdad interior; de ahí que sea el quehacer fundamental de la vida cristiana. “*Buscadme y viviréis*” leemos en el profeta Amos (5,4).

El Papa Francisco en su última carta encíclica que lleva por título '**Laudate Deum**' escribe: “*Un ser humano que pretende ocupar el lugar de Dios se convierte en el peor peligro para sí mismo*”, de ahí la urgente necesidad de “*volver a poner a Dios en el centro de nuestra mirada*”.

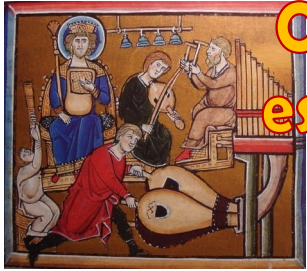
Este es el reto que tenemos ante la indiferencia religiosa que nos rodea y que, poco a poco, nos va cambiando por dentro contagiados del secularismo que nos lleva:

a) A una **búsqueda individual y egoísta de bienestar**.

b) A una cultura que pretende satisfacer nuestras necesidades más profundas, con **una religiosidad sin referencia a un Dios personal**, sin adhesión a una enseñanza clara y ordenada, y sin pertenencia a una comunidad de fe llena de vida por la celebración de los sacramentos y, en concreto, de la Santa Eucaristía.

En la oración colecta de este domingo pedimos que se nos conceda aun aquello que en la oración no se menciona, porque no somos conscientes de lo que realmente necesitamos. El Señor nos lo indica con toda claridad: “*Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto - lo que se necesita para vivir con dignidad- se os dará por añadidura*” (Mt 6,33). Digamos con San Simeón el Nuevo Teólogo: **¡Ven mi alegría, mi delicia ilimitada!**.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 79,9.12.13-14.15-16.19-20



**Sacaste una vid de Egipto,
expulsaste a los gentiles,
y la trasplantaste.**

**Extendió sus sarmientos hasta el mar,
y sus brotes hasta el Gran Río.**

**¿Por qué has derribado su cerca
para que la saqueen los viandantes,
la pisoteen los jabalíes**

y se la coman las alimañas?

Dios de los ejércitos, vuélvete:

mira desde el cielo, fíjate,

ven a visitar tu viña,

la cepa que tu diestra plantó

y que tú hiciste vigorosa.

No nos alejaremos de ti:

danos vida, para que invoquemos tu nombre.

Señor, Dios de los ejércitos, restáuranos,

que brille tu rostro y nos salve.

El bello poema del profeta Isaías en honor de la viña se transforma, en el salmo responsorial, en un canto que rasga las cuerdas del corazón.

Pertenece a la colección de los llamados "Salmos de Asaf" (Salmo 50; 73-83). En una época de graves dificultades por la que está pasando el pueblo de Dios, eleva hacia el cielo, como precioso incienso,

una apremiante súplica: *"Ven a visitar tu viña"*.

El salmista, convertido en portavoz de toda la comunidad, invoca a Dios para que de nuevo brille sobre ellos su rostro por medio de la misericordia, de este modo se verá libre de los sufrimiento por los que está pasando, a causa de los propios pecados: Haberse alejado de Él.

El año 1929 el compositor francés Albert Roussel publicaba una sinfonía escrita, según el autor confesó, *"de una vez y sin ningún esfuerzo"*. Con un lenguaje solemne (maestoso), por momentos, e invocativo y suplicante, en otros, recoge el espíritu que anima el salmo 79.

Una súplica que brota ante el espectáculo de un pueblo desolado porque ha sido abandonado, de ahí la súplica dirigida a Dios: *"Vuélvete... no nos alejaremos de ti"*.

San Agustín, orando con él, escribirá: *"Te hemos dado la espalda, y si tú no nos tocas el corazón, no nos volveremos a ti. Ilumina tu rostro y seremos salvados"*.

San Roberto Belarmino lo comentará, también, afirmando: *"Siembra en nosotros tu amor para que nos volvamos a ti"*.

La viña es también imagen de la Iglesia extendida por la tierra, y peregrina en medio de las adversidades de la historia: una Iglesia que sufre tanto las persecuciones mundanas como los pecados de sus hijos, como fruto de nuestro alejarnos de Él. Es una ocasión para repetir a ratos, y durante todo el día: Señor *"que brille tu rostro y nos salve"*. A Dios le brilla el rostro en el ejercicio de su misericordia, que nosotros hemos de pedir y acoger con gratitud y sincero corazón.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo XXVII

tiempo "per annum" "A"

Un texto para guardar

en la memoria del corazón



**Voy a cantar en nombre de mi amigo
un canto de amor a su viña.**

**Mi amigo tenía una viña
en fértil collado.**

**La entrecavó, la descantó, y plantó
buenas cepas; construyó en medio una atalaya y
cavó un lagar. Y esperó que diese uvas, pero dio
agrazones.**

**Pues ahora, habitantes de Jerusalén,
hombres de Judá, por favor,
sed jueces entre mí y mi viña.**

**¿Qué más cabía hacer por mi viña
que yo no lo haya hecho?**

**¿Por qué, esperando que diera uvas,
dio agrazones? ...**

**Esperó de ellos derecho, y ahí tenéis:
asesinatos;
esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos.**